MARIPOSAS DE HUMO

GUADALUPE VERA Y OTROS AUTORES

PRIMER PREMIO ENDIRA DE CUENTO CORTO

endira
Grupo Editorial Endira México, S.A DE C.V

Mariposas de humo

Primera Edición, 2014.

© 2014.

D.R. De esta edición.

© 2014, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

16 de Septiembre 8 local 16, Colonia Centro, San Juan del Río, Qro.

C.P. 76800 San Juan del Río, Querétaro.

Teléfono: (427) 272-47-97

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición, así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8323-30-2

Diseño: Erik Gastón Sánchez Basurto

Imágenes: canstockphoto

Para mayor información, visita:
www.endiraliteraria.com.mx

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escríbenos a: lectores@endira.com.mx

ÍNDICE

Mariposas de humo 9
Así... amarradita 23
Saudade do mar 27
Échame a mí la culpa 49
La obra 57
Rastros vacíos 61
Qué hay detrás de las puertas 69
Mercado ambulante 81
De japón a taured 85
Armando culata 91
Un secreto bien guardado 97
El canto del quetzallí 101
Futuro, gran futuro 111
Felipa y la calle oscura 115
Lucía 127
La caída de lo humano 141
El hacedor de lluvia 155
Mientras pasaba el tren 163
La culpa fue de tomoyo 169
Cinco minutos 175

ÉCHAME A MÍ LA CULPA

ROBERTO REYNA

Finalmente conseguí el disco que tanto ponderaron esa noche. Grabado en vivo en el Carnegie Hall de Nueva York. Un homenaje a la Sonora Matancera en su ¡65 aniversario! Un concierto pleno de nostalgia en el que estuvieron, entre otros, Vicentico Valdés; Celio González; Bobby Capo; Daniel Santos y que nadie sino Ella, la Reina, su adorada Celia Cruz —me lo dijeron, me lo repitieron— podía haber cerrado.

El disco, por supuesto, revivió aquel recuerdo, esa noche y esta historia.

Se conocieron en el Centro Hospitalario Siglo XXl del Seguro Social, haciendo cola para cobrar su pensión. Ahí se habrían visto seguramente varias veces, pero nunca habían cruzado palabra hasta esa mañana que les tocó estar uno enseguida del otro, primero en la fila donde se presenta la credencial y se recoge el recibo y luego en la otra, para llegar a la caja y cobrar. En esa ocasión, por cierto, ambas estaban más largas que de costumbre y la segunda llegaba hasta la calle.

Mil veces —al paso del tiempo— los dos renegaron de su suerte. Medio en broma, medio en serio, cara a cara, uno y otro se increpaban diciendo: "¿Qué pecado cometí para que me tocaras esa mañana como vecino en la fila, habiendo tantos jubilados?" Así terminaban sus discusiones bastante frecuentes, luego de algunos carajos y chingados y se dejaban de ver por semanas. Una vez duraron sin hablarse varios meses, hasta que se volvieron a encontrar cobrando la pensión.

La cortesía y la trivialidad marcaron esa conversación en el reencuentro. El clima, la cantidad de gente, el edificio. Al avanzar la cola, la plática los llevo a darse su nombre; a comentar las posibles causas de la excesiva longitud de las filas, en comparación con meses anteriores y lo que significaba el esfuerzo de estar parados tanto tiempo, aunque de inmediato uno y otro afirmaron que la

preocupación por estar de pie no era tanto por ellos, sino por los de mayor edad que iban en las filas.

Conviene aclarar que por los días de su primer encuentro, ambos andaban casi en los setenta y cinco años y a los dos les encantaba que les dijeran que representaban menos edad y que se veían muy bien.

La siguiente vez que coincidieron en los mismos trámites fue realmente fortuita, ya que decidieron, por separado, esperar hasta el último día de cobro sabiendo que las colas van disminuyendo, dada la necesidad que tiene la gente de recibir su dinero, a pesar de lo raquítico de las pensiones.

Cobraron en mucho menos tiempo y en lugar de despedirse en ese momento, como lo habían hecho la vez anterior, decidieron ir a tomar un café. Por lo que hablaron se dieron cuenta que tenían casi el mismo tiempo retirados y que a diferencia de casi todos los demás jubilados con los que se encontraban mes a mes, los dos recibían, además, la pensión del banco en el que cada uno laboró, lo que les hacía menos pesada la cesantía.

Sus convivencias se fueron haciendo más frecuentes. Además del café el día de cobro, se juntaban el segundo jueves de cada mes para una caminata tempranera y un desayuno, que por la charla se prolongaba hasta mediodía. En el invierno lo cambiaban a comida y ya en los últimos tiempos se juntaban a merendar. Así le fueron dando la vuelta, primero al frío y luego a las gastritis y colitis.

Por algún tiempo, les dio por tomar unas clases de danzón en las que, no sin rezongar, les venía bien intercambiar pareja. Fueron pocas lecciones. No se sabe bien por qué las dejaron. Hay una versión que no confirmé: se sintieron lastimados en su ego por el comentario soltado al vuelo por un irreverente jovencito que los veía bailar: “Mira, mira… los viejillos, como que la quieren hacer.”

Luego compartieron poco tiempo una mesa de dominó y de vez en cuando iban a echarse unos tragos que los dejaban maltrechos por varios días, sobre todo cuando se cocoreaban para ver quién aguantaba más.

Al calor del alcohol los pleitos y las discusiones se agriaban y venían los desencuentros. Sin embargo, no pasaba mucho tiempo sin que empezaran a extrañarse y encontraban la forma de seguir viéndose, para escabullirse de la terrible soledad.

Viudos, sin ningún pariente cercano, cuando menos en la Ciudad de México, cargando cada uno sus propias fobias, intolerancias y demonios, vivían y estaban solos y ahora compartían eso. Los dos asumieron y valoraron esa circunstancia, pero la manejaron sin deshacerse de sus acendrados egoísmos, acentuados por la edad, marcando, como los gatos, sus impenetrables territorios.

Por eso, por ejemplo, ninguno conocía la casa del otro; por eso se reunían en lugares públicos, evitando incluso cualquier alusión a su íntimo hábitat, si se me permite la expresión.

Que la relación entre ellos atenuó esa soledad, quedó plenamente demostrado cuando, tiempo después de conocerse, optaron por que su pensión les fuera depositada en el banco, lo que no habían hecho hasta entonces, según se confesaron, ya que en los trámites y en las colas encontraban una forma de distraerse, de no aburrirse, cuando menos una mañana al mes.

En el cine tuvieron un buen punto de contacto. Los dos eran fanáticos de Kubrick y conocían bien todas sus películas; diferían solamente al opinar sobre la mejor. Como segunda opción, después del “Maestro Stanley”, como ellos le decían, tenían al cine italiano. Por razones más que entendibles los conmocionó “Todos Estamos Bien”, esa joya en que Mastroianni recrea en la pantalla las vicisitudes y amarguras de la vejez y se

entusiasmaron con “La Vida es Bella” y con “Cinema Paradiso”. Pero donde se extasiaban una y otra vez, con una muy válida nostalgia, era cuando hablaban de sus amores imposibles: Kim Novack e Ingrid Bergman, nada más y nada menos.

Mencioné antes la mesa de dominó que compartieron y sufrieron por un tiempo. La retomo para precisar que ahí se dio un serio y largo alejamiento. Los dos jugaban bien, pero eran insoportables.

Quienes esporádicamente les hacían el cuarto, los toleraban por respeto a la edad, padeciendo y aguantando sus reclamos; su desesperación; sus insultos. Sucedía sin embargo, que los peores agravios se los dirigían uno al otro. Una tarde fue el colmo y en una de esas empezaron gritándose y acabaron pendejeándose. Se levantaron y se fueron.

Esa vez quedó muy claro que lo que los ofendía en serio; lo que los sacaba de quicio era cualquier referencia a su pérdida de memoria, “al Alzheimer que te atonta cada día más”, como indistintamente se agredían.

Tercos y orgullosos como eran y ya sin la posibilidad de encontrarse cobrando la pensión, dejaron de verse casi un año, tiempo en el que se avejentaron más rápido; se les agrió el carácter y descuidaron su aseo y arreglo personal, lo cual no dejó de llamar la atención, porque si algo los distinguía era que vestían bien y que eran muy pulcros.

Así, se encontraron accidentalmente en la librería Gandhi, allá en Miguel Ángel de Quevedo y fue muy chistoso cómo evitaron, en una primera reacción, en un acto reflejo, saludarse.

Disimulando, caminaron en sentido opuesto como si no se hubieran visto, pero eso sí pensando uno del otro: “que jodido está”.

Por fin, sin querer, se volvieron a topar y sin dirigirse ni un hola, como si vinieran de una comida juntos, comenzaron a hacer comentarios a propósito de los discos que querían comprar, rescatando el más sólido de sus puntos de contacto: la música de Celia Cruz.

Ahí se enteraron que ella daría un concierto en el Auditorio Nacional y entusiasmados decidieron ir.

Salieron de la Gandhi y caminaron y platicaron como lo hacían antes. Imagino que, otra vez, la soledad los empujó a reanudar cuanto antes su especial relación y creo que además se propusieron cuidar las palabras y las formas, atemperando egoísmos, terquedades, chocheces y orgullos hasta donde se pudiera, pues genio y figura...

Al despedirse, no sin comedidos alegatos, acordaron la compra de los boletos, encomienda que terminó con esta especie de premonición:

"¿Seguro no quieres que yo lo haga? …no te enfades, pero acuérdate aquélla vez en Bellas Artes…" la respuesta fue contundente, directa: "Por favor no empieces".

Así quedaron, citándose a las puertas del Auditorio la noche del 1 de noviembre del 2002, en la que, por cierto, Celia Cruz pisó ese escenario por última vez en su vida. Ahí en la cola para entrar me tocó coincidir con ellos y escucharlos.

Sin duda eran fieles seguidores de Doña Celia. Al entrometerme en su conversación me contaron casi todo lo que sabían de ella: que había nacido en la Habana en el barrio de Santos Suárez; que cantaba desde los 5 años; el número de álbumes grabados, creo dijeron algo así como setenta; los discos de oro y platino acumulados, no recuerdo el dato; sus 5 Grammys;

cuándo había dejado Cuba; porqué nunca regresó. Conocían su indeclinable anticastrismo y algo menos difundido: que allá por los cincuentas le negaron dos veces la visa para entrar a Estados Unidos y que después, tres universidades de aquel país le otorgaron doctorados honoris causa y una de ellas fue nada menos que Yale.

Se arrebataban la palabra para hablar de los discos que tenían —incluyendo el que menciono para abrir esta narración— o referirse a las veces que la habían visto en vivo. Me pareció que competían por acreditar quién de los dos sabía más, pero sobre todo por demostrar su buena memoria. Yo los escuchaba encantado, al tiempo que nos encaminábamos a la puerta que quedaba más cerca, cuando de repente el que había comprado los boletos empieza a buscarlos, revisando una y otra vez los bolsillos de saco, camisa y pantalón , mostrando una terrible cara de angustia. La búsqueda fue en vano. No lo podía creer.

“No puede ser... no puede ser... no puede ser”, era lo único que balbuceaba. Volteó a ver a su compañero y éste a mí, sentenciando: “si puede ser... si puede ser... si puede ser... y agregando: “Presume de su memoria pero tiene el cerebro traspasado por el Alzheimer.

¿Qué habré hecho para padecerlo?”

El aludido ya no contestó. Sin voltear a verse se retiraron cada uno por su lado hablando solos, sin importarles las miradas o los comentarios de los que se hacían a un lado para darles el paso. Los perdí de vista sin poder hacer nada pues la gente que venía atrás de mí me empujaba hacia el interior. Entré y ocupé mi lugar recordando los últimos comentarios que me habían hecho: que la “Reina de La Salsa” acababa de cumplir !78 años!; que celebraba en ese concierto sus 50 de trayectoria artística “…y sabe qué es lo mejor, que sigue azucarándonos.”

Cuando apareció ella vital, risueña, estimulante, con su peluca rubia, y el vestido estrambótico, cuando la gente coreó todas sus canciones; cuando su marido, Pedro, músico extraordinario le cantó socarronamente "Usted abusó" y sobre todo cuando a dueto con Marco Antonio Muñiz, hizo toda una creación de "Échame a mí la culpa", sentí una gran tristeza por ese par de viejos solitarios que esa noche se distanciaron para siempre, sin saber que ya nunca verían a su adorada Celia, que ya no regresó a México, pues la muerte la alcanzó 7 meses después.

He platicado muchas veces esta vivencia. Casi siempre me preguntan cómo me enteré de lo que cuento y cómo supe que ese par de egoístas testarudos nunca volvieron a verse. La respuesta es siempre la misma: "Esa es otra historia."

Ixtoc 39

LA OBRA

INÉS RÉCAMIER.

PRIMER ACTO

La descarga despertó a la familia. El hijo de dieciséis años corrió a buscar a su padre y lo encontró muerto, en el piso del cuarto de baño. La pistola yacía a un lado sobre un charco de sangre. Era de madrugada, el día apenas alumbraba la habitación. Tomás levantó con cuidado al padre y lo abrazó en su regazo. Lloraba.

TERCERA LLAMADA

Volvieron las lágrimas cuesta arriba hasta encontrarse con los ojos del hijo, que levantó de su regazo al padre para depositarlo en el suelo nuevamente. Luego salió del cuarto de baño y cerró la puerta. La sangre derramada retornó con premura al cuerpo del padre y la munición reingresó en el arma. El sol escapó al alba y la noche volvió. La pistola voló a las manos del hombre, quien se irguió rápidamente encañonando el arma a su cabeza y contemplando, detenido, su propia imagen estropeada bajo el escrutinio de un espejo inclemente; líneas sepultadas alrededor de una mirada agonizante, y surcos acentuados en la expresión dolorosa, ya casi ultimada.

Los minutos anduvieron hacia atrás. El hombre se dirigió al estudio. Guardó el arma en la gaveta y puso llave al cajón. Se recostó en el sillón de piel, junto al escritorio de nogal, y cerró los ojos por un momento. “Soy un viejo” se repitió insistente, “soy un viejo y he malgastado mi vida”. Fijó la vista en el techado: la madera se transformó en una pasta sucia de yeso, las paredes de la habitación se hicieron desiguales, el mármol en el piso trasmutó a pavimento. Con las fachadas desaparecieron los costosos objetos que esplendían ese cuarto: la lámpara Swarovsky, el escritorio, la gaveta y, claro está, el fastuoso sillón de piel. Los costos de la remodelación, ocultos en sobres color naranja, salieron disparados incorporándose con otros números de otras cuentas. Otras deudas.

SEGUNDA LLAMADA

La primavera dejó de ser. Desertaron los aguijones porque las flores revirtieron a capullo. Se congelaron las plantas. El herbaje se manchó, desteñido. Las aves acallaron su canto. El invierno regresó. Uno de estos días el hombre perdió su trabajo.

Vino el otoño. Los surcos en el rostro del hombre se disiparon, su complexión recobró el ánimo, la mirada cobró expresión. Caminaba de la mano de su esposa, como cada mañana antes de que él saliera a trabajar.
Al hombre le gustaba su trabajo.

Verano… Primavera… Invierno… Doce campanadas dieron marcha atrás. La cocina se alistaba para recibir al año nuevo; tintinaron los hielos servidos en las copas de cristal y las bandejas cargaron cantidad de bocadillos. El alborozo en la música entorpecía las conversaciones despreocupadas entre decenas de invitados.

El hombre y su mujer celebraban.

PRIMERA LLAMADA

Otro otoño. El hombre se recuesta en el lecho que comparte con su esposa y piensa “no he cumplido cuarenta y ya tengo el mundo a mis pies”. Entra el hijo a saludarlo. El padre le promete llevarlo a esquiar el próximo invierno. Tomás sonríe.

Más números, más cuentas, más deudas.
Falta poco para que el día le parezca de noche y la noche...

Empieza la obra
…entonces el disparo despertó a la familia.

RASTROS VACÍOS

XIMENA TOLEDO

Llegaste con una sonrisa como si no hubiera pasado nada, como si aún me quedara alma, como si todavía tuviera fuerzas. Me empapé de tu frescura falsa. Me buscaste y me dejé llevar una vez más. Sellé tu pacto con un beso, encontrando algo extraño que tanta falta me hacía. Ya era muy tarde para regresar y apenas empezaba la hora de la angustia profunda, silenciosa, desalmada, atroz. Me desvestí con coraje, enojada. Con cada prenda me despojaba también de la cordura y me entregaba a tus ganas. Estabas muy orgulloso. Me observabas perder el control desde las alturas de tu ego saciado. Mientras me sentías, hundí mis uñas en tu piel. Quería desollarte vivo y sólo conseguí aprisionar tus labios húmedos entre los míos, perseguir tu lengua envenenada. Quería matarte, irme, amarte o amarte y luego sólo desaparecer. Dejar de pensar, de existir, de ceder, de ser quien tú ordenabas. Entonces, me arrancaste mil lágrimas por cada movimiento. Sentí desesperación, coraje, nostalgia, pero nunca paz. Aun así te dejé continuar. Fundiéndonos una vez más, saboreando tu espíritu cruel, supe que nada había cambiado. Tú seguías siendo tú, yo seguía siendo yo y nosotros los mismos. Silencio. Angustia. Un sueño alejado y liviano. Una mañana sórdida y cansada. Un adiós insípido y lleno de incertidumbre.

Me quedé entre las sábanas maldiciendo la hora en que te abrí la puerta la noche anterior. Luego viajé automáticamente a nuestro principio. Te conocí cuando aún teníamos el alma pintada de azul. A los diecinueve años empezamos un romance inocente casi instantáneo. Conseguiste un trabajo en una compañía de transportes y cuando recibiste tu primer sueldo me propusiste matrimonio. Acepté sin emoción desbordante. A mí qué más me daba dejar una casa aburrida para irme en busca de otra cosa. Lo que fuera estaba bien. Nos instalamos en una casita en las afueras de la ciudad para empezar con simpleza una vida juntos. Ahora pienso que no nos conocíamos bien o tal vez aún no éramos reales. Me cuesta trabajo

entender quiénes somos en realidad. ¿Siempre fuimos o nos hicimos? ¿De dónde salió tanta maldad? La imagen de ti y de mí, acomodando con ilusión nuestras pocas pertenencias en el primer hogar que compartimos, me parece parte de otra existencia.

Tu sueldo era muy bajo y pasabas mucho tiempo fuera de casa. Yo no estudiaba ni trabajaba. Con la ausencia de amigos en esa zona industrial grisácea, pasaba el día leyendo revistas estúpidas de artistas de moda y llenando crucigramas. Me aburría infinitamente y tu llegada no mejoraba la situación. Te empecé a culpar del tedio y un sutil odio se empezó a formar en lo profundo de mi alma. Te entristecías de mi apatía, pero nunca hiciste mucho por arreglarlo. Estabas demasiado inmerso en tratar de sobrevivir tu propia condena. Tú siempre me decías que desde que naciste te has sentido preso de un fatalismo inusual. Ahora sé que, incluso hoy que aparentas ser libre, aún sientes el peso de tus cadenas antes de dormir y a la hora de levantarte. Sobre todo si estás sólo.

Con un trabajo mediocre y una esposa indiferente, se te hizo fácil involucrarte en los negocios del vecino. ¿Qué tan difícil era prestar tus servicios al tráfico de drogas? Simplemente ayudarías a pasar mercancía en tu camión. Tu plan era ahorrar un poco de dinero y largarnos a algún lado. Cualquier lugar era mejor que esa prisión anodina junto a la carretera. Yo no me opuse. En esos tiempos lo que hicieras o dejaras de hacer me tenía sin cuidado. Estaba tan hastiada de todo y al mismo tiempo de nada. Sin embargo, no fue poco tiempo. Cada vez los jefes te daban más responsabilidades. Algo en tu estúpida cara de inocente les agradaba, les daba confianza.

Qué rico sabe el dinero, ¿verdad, cariño? No es fácil dejar una actividad que instantáneamente triplicó tu salario. La legalidad y tus principios morales los pudiste echar a la alcantarilla

después de saborear la dulzura de tu primera compensación. Recuerdo que llegaste a casa cantando, me arrebataste del trance vacío de mi crucigrama y me empujaste sobre la cama. Estabas envuelto en un fervor perverso, nervioso como un roedor excitado. Depositaste besos cortos e inquietos en mi cara, sacaste de tus bolsillos una gran cantidad billetes y los aventaste al techo. Esa imagen vuelve a mi mente en cámara lenta: decenas de papeles cayendo lentamente sobre nuestros cuerpos semidesnudos, como cálidas gotas de lluvia envenenadas. Entonces entré yo en la fiebre. A mí también me supo delicioso el dinero. Maldito y traidor dinero. Fuimos capaces de todo por él. Estábamos dispuestos a cualquier cosa con tal de que nos siguiera acariciando suavemente, poseyéndonos, haciéndonos suyos.

Yo desperté a una nueva vida y tú te volviste más sensual. El poder otorga a los hombres cierto erotismo, aunque muchas veces es falso. De pronto, nos encontrábamos riendo en la cocina de nuestra nueva casa sólo porque sí. Nunca antes reíamos sin razón. Simplemente no reíamos. Ahora pasábamos los días en una euforia bizarra producto de la vida de placeres que el dinero nos regalaba. Empecé a participar. Quería ayudarte para que el dinero no se aburriera de nosotros y no nos abandonara. Yo podía entregar algún paquete, dar un mensaje o fungir como acompañante de alguno de tus socios. Tú y yo éramos un equipo, éramos perfectos. Nos levantábamos con un ímpetu temerario de los que se creen dueños del universo. Formamos un trío: tú, el dinero y yo. Era una relación sexual platónica sin celos. El objetivo era mantenernos juntos, apasionados, fuertemente empiernados y poseyéndonos el uno al otro sin descanso.

Meses después, llegó el primer prisionero a nuestra enorme casa con pisos de mármol. El trabajo era ocultarlo hasta nuevo aviso. Las cosas se complicaron y los jefes te ordenaron matarlo.

Yo detuve su cuello mientras tú le cortabas la yugular con un cuchillo de cocina. Los ojos de aquél hombre me suplicaron piedad y yo no sentí nada. Lo que percibí fue tu miedo. Por un instante el pavor y el arrepentimiento te nublaron la mirada, pero el dinero te abrazó por la espalda y tiernamente te besó el cuello. Posó su mano en tu miembro y te tranquilizó. Lo único que conseguiste hacer fue mostrar esa sonrisa perversa y abalanzarte sobre mí. Me hiciste el amor ahí mismo, a los pies del muerto, mientras el dinero nos miraba y se excitaba. Estaba orgulloso del amor incondicional que sentíamos por él.

Ese fue el primero de muchos y subimos de nivel en la organización. Tú te convertiste en la mano derecha del jefe y empezaste a ir a todos lados con él: mujeres, fiestas, intoxicación, atrocidades que ni siquiera podías imaginar. Creo que me mantuviste al margen de eso por protegerme o eso quiero creer. El hecho es que me quedaba sola mucho tiempo en casa. Otra vez el sentimiento de abandono me empezó a hacer daño, pero esta vez no podía refugiarme en revistas. Tal vez porque ya era demasiado tarde. Mi mente me estaba traicionando y las alucinaciones aumentaban cada día. Fantasmas de mis propios asesinatos me perseguían y tú no estabas para rescatarme. Sólo dormir los alejaba. Empecé a tomar pastillas y tranquilizantes de manera degenerada para poder soñar el mayor tiempo posible. Tú no te dabas cuenta de nada y yo poco a poco me hundía en el terror y el remordimiento. El dinero se fue contigo y, cuando empezó a ver mi decadencia, también me abandonó. Es ese tipo de entes que sólo se quedan contigo en las buenas y si flaqueas, te dejan como cualquier pedazo de insignificante chatarra.

Una noche con frío quise escapar de toda esa mierda. Salí corriendo con todos nuestros ahorros. Compré una casa lejos de ti donde sabía que no ibas a buscarme y me dispuse a empezar una nueva vida. Quería una existencia normal, pero

¿cómo se puede ser ordinario después de tanta crueldad? Con mucho esfuerzo y unos ataques de pánico por las noches fui sobreviviendo. Te seguía extrañando. Era como si tanta oscuridad compartida nos hubiera unido para siempre. Me hacías falta porque no me sentía cerca a otras personas. Por más que me esforzara por hacer amistades, nunca me sentía comprendida o aceptada. Sólo tú me conoces realmente y aún así quieres estar a mi lado.

Me buscaste mucho tiempo porque tú también me necesitabas a tu lado. El que busca encuentra y un día, al llegar a casa después de mi extenuante trabajo de mesera, me tropecé con tu aliento en la cocina. Tú no venías a quedarte y yo no pude pedirte que te fueras. Tu presencia fatídica era inevitable. Sin embargo, ya sabías donde vivía y yo estaba segura que esa visita no sería la última.

No sé qué es lo que te hace regresar y a mí recibirte. No es amor. Nunca lo fue. Yo creo que nos buscamos porque somos los únicos testigos fieles de nuestra existencia. Nos transformamos juntos en materia inservible. Tienes razón. Siempre fuimos oscuros. Como tú dices, la bajeza estaba en nosotros, sólo era cuestión de tiempo para que saliera a flote. Tú vienes porque soy la única que te conoce desde hace tanto tiempo. Sé cómo eras antes de convertirte en esto tan podrido. Si me esfuerzo aún te visualizo corriendo a mis brazos con la ilusión en la mirada y un anillo de compromiso barato en las manos. Vienes porque te recuerdo lo que un día fuiste. Yo te acojo porque me ofreces una especie de seguridad enfermiza. Cualquier otra relación es falsa. Por lo menos sé que tú eres real. No tengo a nadie más. En mi vida sólo tú eres tangible. Lo único que ha persistido.

Aquí estoy una vez más arrepentida. La mañana está nublada. Aún siento la agrura de tus besos y, ahora, la opresión de tu ausencia.

Me juro no volver a permitir que te apoderes de mi existencia. Trato de oprimir los deseos de mantenerte a mi lado sólo unos instantes más. Me siento sola y te odio aún más. ¿Por qué tuvo que ser así? Tú regresas porque en mis ojos puedes reflejarte como añoras. Yo te recibo porque, aunque lo aborrezca, sé que nunca me vas dejar. Tal vez, esto es amor.